

...debe tener la vocación de tratar de enseñar a otros...

Julián Aguilar conversa con **Ana María Gaviria**¹

Universidad de Antioquia, Universidad EAFIT

El profesor Julián Aguilar Sierra es sociólogo de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín y psicoanalista practicante desde 1985.

Es uno de los fundadores del programa de psicología de la Universidad de Antioquia y actualmente es empleado público, profesor titular y jefe del departamento de psicología de la misma Universidad.

A.M.G.: Julián gracias por aceptar esta entrevista sobre la que le he comentado el contexto, referido a la formación de psicólogos. La primera pregunta que tendría para hacerle es: ¿podría contarnos sobre su formación y cómo llega a la psicología?

J.A.: Ana María el interés por la psicología comenzó en mí en el colegio San Ignacio, tal vez en quinto de bachillerato. Había un curso de filosofía que dictaba un jesuita y en ese curso había una parte especial dedicada a la psicología; la primera conexión que yo tuve con la psicología fue a través del padre Velázquez y de otro jesuita que se llamaba Julián Ibáñez, que era psicólogo. Ahí comenzó mi interés por la psicología.

A.M.G.: ¿Hay algún aspecto que recuerda en particular que le llamó la atención de la temática que allí trabajaban?

J.A.: Claro Ana María, en términos muy generales la preocupación por el ser humano. En el colegio había una preocupación doble: por un lado la aproximación a las ciencias, la física, la química, la biología, la matemática, y por otro, en términos muy generales, por las humanidades y el asunto religioso por ser un colegio católico confesional, todos estos problemas tienen que ver con el ser humano.

¹ EAFIT, Colombia.

Yo estaba en ese momento dividido porque me gustaba el tema humanístico, pero también el tema científico. Inicialmente me inclinaba más por la química, después me metí a estudiar a la universidad cosas distintas. Los asuntos que tenían que ver con el alma humana, con el espíritu humano, que ha sido una tradición de la psicología desde el mundo antiguo, desde la Grecia Clásica, me llamaban mucho la atención, como me llamaba también la atención la filosofía, la literatura castellana desde el Siglo de Oro hasta la contemporánea. Yo tuve muy buenos profesores de literatura y de filosofía. En los dos últimos años en el colegio del centro comenzó mi pasión por la música, lo que más me gusta, y por el cine.

A.M.G.: ¿Y comienza entonces su formación en la universidad con el programa de sociología?

J.A.: No. Primero yo llegué a estudiar ingeniería química en la Universidad de Antioquia y estuve unos semestres ahí; tal vez no era la ingeniería el tema que me interesaba porque no es lo mismo química que ingeniería. El gusto por la química se lo debía al profesor del colegio, y mira esto qué interesante, se llamaba Julián, Julián Arias; ese detalle del nombre, además de que era vecino en La Castellana y también jugó béisbol como yo, me inclinó por la ingeniería química, pero después me di cuenta que había una diferencia entre química e ingeniería. El ingeniero ante todo es un técnico y lo que hace es resolver problemas; el químico es un científico. Desistí de la ingeniería y pasé a estudiar economía en la facultad de la Universidad. Hice unos cuantos semestres y me di cuenta empezando que muchas materias de economía eran comunes con sociología; como había la posibilidad de escoger materias distintas a las de economía, fui haciendo materias de sociología y llegó un momento en el que había que tomar una decisión y me decidí por sociología, con tan mala suerte que, faltándome unos tres semestres para graduarme en la Universidad de Antioquia hubo un conflicto muy serio entre el rector de la época, el doctor Luis Fernando Duque Ramírez y los profesores, que desembocó en la salida de los profesores y el cierre del programa. Era un momento muy difícil de las universidades en el país, y no sólo de las universidades públicas. Yo intenté estudiar en Bogotá, lo intenté en Medellín y sentí que todas las puertas se cerraban. Me fui a la Universidad Autónoma, que era una Universidad nueva en ese momento, muy

“leseferista” diría yo, y allá me dieron la mano. En unos cuatro semestres, de todas maneras perdía alguno, pude terminar mis estudios.

En la época en que yo estaba terminando sociología, ya era profesor de economía en la Universidad Autónoma y tenía también un curso de primer semestre en el programa de sociología. Hoy me considero muy atrevido, es decir, muy temprano me metí en la enseñanza universitaria cuando no estaba preparado para ser un profesor.

A.M.G.: Julián, ¿podría contarnos un poco acerca de su trayectoria propiamente en la psicología? ¿Y ahondar en esto que ha mencionado de llegar desde muy temprano a la docencia?

J.A.: Ana María sí. Mirando en perspectiva, después de 42 años de trabajo en la Universidad de Antioquia, más unos tres o cuatro años de trabajo en la Universidad Autónoma, creo que empezar a trabajar como profesor, así fuera por horas en una universidad, a los 23 años, es algo más que atrevimiento. Hay atrevimiento, sí; hay interés, sí; pero hay mucha irresponsabilidad, es decir, uno debe tener una formación sólida, y no sólo una formación sólida, una experiencia en el ejercicio profesional. Que me perdonen los profesores de todas las universidades, pero hoy pienso que antes de los 40 años ningún profesional debería ser contratado en ninguna universidad del país. Llegar a ser profesor en una universidad implica una trayectoria. Voy a decirlo de otra manera, es una creencia mía que va contrapelo con la costumbre, que primero alguien se prepare intelectual y académicamente para luego aprender el oficio en el ejercicio profesional y se destaque. Y cuando sea un profesional destacado en su oficio, lo mismo da que sea médico, ingeniero, abogado, no interesa, cuando ya haya hecho méritos y se destaque, si le gusta, que venga a la universidad a transmitir a otros algo de lo que se fue decantando en él, poco a poco. ¿De qué podía yo hablar a los 23 años Ana María? Me da vergüenza hoy, pero así pasaron las cosas en la vida mía.

A.M.G.: ¿Para ti quién sería un profesional destacado?

J.A.: ¿Qué es ser destacado? Mostrar con hechos, con obras, con productos, con resultados que sabe desempeñarse como profesional en un campo específico. Esta creencia puede estar

en mí por la influencia de lo que en la Roma Antigua se llamaba el *cursus honorum*. El *cursus honorum* empieza muy temprano, a los 18 años, pero nadie menor de 40 años puede llegar a ser cónsul. Y sí, hablando tanto de la República como del Imperio, en eso los romanos fueron sabios. ¿Cómo entregarle la función militar que implica el consulado, cómo entregarle la función política y religiosa, además de las funciones administrativas a una persona demasiado joven? Como se dice coloquialmente entre nosotros, es quemar un joven, o sea, los años me permiten tener una postura de mucha cautela, si se quiere también una postura conservadora frente al tema. Ahora no tengo el arrojo que tuve siendo tan joven pero mi vida fue así, la vida me puso por delante posibilidades. Elegí, y tomé esas posibilidades e hice de eso que la vida me puso por delante, una vocación, que es una palabra hoy en desuso. Ya poco se habla de vocación entre nosotros. Uno ha de tener una vocación para desempeñar un oficio y ser un profesional destacado y además de ser destacado porque lo demuestra con hechos, con productos, con resultados, debe tener la vocación de tratar de enseñar a otros, de transmitirles algo de lo que fue aprendiendo y poco a poco, sabiendo. Yo en esa época no tenía estas convicciones.

A.M.G.: ¿Qué lo impulsaba en esa época Julián para empezar a los 23 años la docencia?

J.A.: Cuando yo estaba estudiando en la Universidad de Antioquia tenía muchos amigos de otros colegios, algunos de El Sufragio. Ese colegio debe existir en Boston. Ellos tenían una obra social y habían fundado un bachillerato nocturno. Entonces mis compañeros de universidad que habían estudiado en ese colegio me invitaron a participar en esa obra del bachillerato nocturno, mucho antes de ser profesor en la Autónoma y en la Universidad de Antioquia. Colaboré unos dos años hablando de geografía y de historia de Colombia, que han sido temas que me han interesado desde esa época. Voy a decirlo de otra manera, lo que uno hace en la vida tiene mucho de contingente, de azaroso, de inesperado, no todo es cálculo racional. Es posible que primero sea lo contingente, lo sorprendente, lo afortunado, lo imprevisto, y después uno se afirme en ese imprevisto que decidió aceptar. En el habla coloquial nuestra se dice: “el hombre propone y Dios dispone”. Cambiando un poco las palabras, la vida propone y uno acepta sin tener clara conciencia de lo que está aceptando. Yo nunca pretendí ser profesor de la Universidad de Antioquia, me llamaron un día a dictar

una clase como profesor de cátedra se dice hoy, en esa época se llamaba auxiliar de docencia, un curso de Introducción a la psicología para estudiantes de primer semestre de enfermería. Pero yo no estaba esperando eso, quien había sido mi tutor en la Universidad de Antioquia, un profesor suizo que había venido a trabajar acá porque estaba haciendo su trabajo doctoral, Wilhem Muri con quien tuve un acercamiento muy cordial y me contaba historias muy interesantes de su vida en Suiza, y otro profesor al que me acerqué mucho, Joel Otero, fueron los que me llamaron a proponerme que dictara ese curso. Ahora me pregunto, 42 años después, ¿qué les diría yo a esas muchachas? ¡Qué pena, qué vergüenza!

A.M.G.: ¿Y entonces empieza ahí con este curso de introducción a la psicología?

J.A.: Sí, yo comienzo como profesor de cátedra, empezando el año 1975. Fui bien evaluado, no me explico cómo. Más adelante, hacia junio, el profesor Joel Otero, me invitó a participar en el proyecto para la creación de lo que hoy es el programa de psicología de la Universidad de Antioquia. Yo no estaba esperando que eso sucediera, simplemente pasó y fue una oportunidad, porque a mí lo que me llamaba la atención de la sociología y la economía no era tanto la teoría económica o sociológica, sino la posibilidad de investigar problemas reales, colombianos; entonces en eso que era mi expectativa, la investigación en el campo social, se atraviesa la propuesta de participar en la creación del programa de psicología. Tengo que reconocer con franqueza que no estaba suficientemente preparado para semejante tarea, por eso digo que paso de una posición arrojada, de un muchacho entusiasta, ilusionado, a la de un hombre que ya está en la vejez, que mira el mundo de una manera muy distinta, muy conservadora y muy cautelosa; es decir, yo ahora no tomo los riesgos que tomé cuando era joven. Podría decirlo así: me volví una trucha muy selectiva. Cuando está por llegar la primavera en países que tienen estaciones, las truchas son poco selectivas y fácilmente se las pesca, sobre todo con mosca artificial, pero cuando ya el verano está muy avanzado, las truchas se vuelven altamente selectivas y ya no las atrapan fácil, entonces por audaz me engañaron muy temprano, pero tomé finalmente la decisión. Pude haber estado un semestre y haberles dicho: muchas gracias, hice el curso para estudiantes de enfermería, fui bien evaluado, les agradezco mucho y me voy a hacer cualquier otra cosa. Entonces la vida propone y uno dispone, y si uno dispone, acepta y se compromete, eso es lo que yo llamo una

vocación. Acepté una invitación que me hicieron y me comprometí, hasta el punto que de los cinco profesores del comienzo del programa, el único que se quedó en la universidad y en el programa fui yo. Eso es lo que puedo decirte ahora Ana María. Sin embargo, hay que hacer un matiz: desde el colegio tenía el interés por los asuntos humanísticos, pero también por los asuntos científicos. Eso es cierto, lo reitero y lo acepto; pero también desde el colegio y de una manera azarosa, afortunada, tuve la oportunidad de leer un artículo bello de Freud, un comentario de una obra de arte. En el colegio del centro había una pequeña biblioteca con una diversidad de libros. Yo siempre fui muy curioso desde niño. La mayoría de los niños son absolutamente curiosos. Los adultos nos embobamos porque vamos perdiendo esa capacidad de sorprendernos y de ser curiosos. Ese rasgo de la curiosidad permanece en mí, todavía soy curioso, inquieto, me interesan muchos asuntos, más de los que deberían interesarme. Allí, encontré un librito que tenía un comentario de Freud sobre una escultura de un gran artista italiano, Michelangelo Buonarroti, quien es un escultor, Il Divino se reconoce a sí mismo solo como escultor. Una de las obras importantes, no es la que a mí más me conmueve, fue El Moisés, una de las 40 esculturas para el mausoleo del Papa Julio II. Este quería tener un monumento funerario impactante y encarga a Michelangelo hacer dicha obra. Al final, quedan unas cuantas esculturas en San Pietro in Vincoli, la iglesia donde él fue párroco. En su reducido monumento funerario sobresalen La Vida Activa, La Vida Contemplativa, La Virgen María con el niño, Las insignias del Vaticano en la parte de arriba del frontispicio y el Papa Julio II en una postura yacente con las manitos en una posición muy curiosa. La famosa allí es El Moisés. El comentario de Freud me fascinó, encantó, atrapó y me hice amigo de la lectura de sus escritos.

Pero es que eso de ser lector de Freud nada tiene que ver con el psicoanálisis. Ya lo he dicho otras veces, si a mí me ha gustado leer poesía, eso no me hace poeta; si a mí me llama la atención el cine o la ópera o la pintura o lo que sea, eso no hace de mí un artista, simplemente soy filó, es decir, amigo, cercano de los artistas y su obra, no más. Ya desde el colegio, además de los asuntos humanísticos y de los que tienen que ver con ciencias, me interesé por un tema extrañísimo llamado psicoanálisis. Yo he tenido más relación con el psicoanálisis que con la psicología en sí misma. Además, decir psicología en sí misma es una exageración porque lo que uno nota, digamos en los últimos 170 años, son tendencias o corrientes, el mundo de la psicología es muy amplio y hay diversas maneras de concebir ciertos problemas

humanos que yo prefiero llamar anímicos o espirituales. Me fui moviendo de una manera muy extraña, como si tuviera un pie en el esquí llamado psicología y el otro en el esquí llamado psicoanálisis, y si uno no es un buen esquiador rápidamente se cae.

A.M.G.: Julián, ¿cómo evalúa la formación universitaria contemporánea en la psicología?

J.A.: Ana María, estar otra vez en el trabajo administrativo como empleado público de libre nombramiento y remoción por un año más, me ha permitido algo muy interesante y es asistir a las reuniones de Ascofapsi y Colpsic a nivel nacional y local. Me he dado cuenta de lo que pasa en el campo de la psicología y hay un fenómeno desde hace mucho tiempo, difícil de explicar: ¿por qué en Colombia estudiar psicología es estudiar uno de los programas de moda, y es una moda que no pasa? Yo diría que hace 40 años estudiar psicología era una moda que no ha decaído. La diferencia es que 40 o 50 años atrás había muy pocos programas de psicología en el país; hoy hay alrededor de 132 programas y en Medellín, 18; eso es una exageración. Donde hay exuberancia, donde hay exageración de programas, la calidad es lo que está en cuestión. Así como hay universidades muy serias, muy juiciosas, muy cuidadosas, fuertes, sólidas, hay unas que son muy débiles. Voy a decir esto: este país es una unidad falsa. Sería mejor hablar de múltiples Colombia, porque tiene regiones muy diversas y hay unas diferencias asombrosas de una región a otra. No es lo mismo tener una universidad en Bogotá, el centro histórico del país, que tener una universidad en el trapecio amazónico, o en la Guajira. No se puede exigir, suponiendo que existiese, a una universidad de la alta Guajira, lo mismo que se le debe exigir a una universidad en Bogotá, Medellín o Cali. Hay un desarrollo desigual y una proliferación muy grande de programas. Este es un país de excesos. Como país tropical, el trópico es bello y mortalmente excesivo. No siempre el control de calidad de lo que se hace es exigente. Hay programas que son muy incipientes y hay que darles una oportunidad porque si no, los únicos que tienen derecho a estudiar en Colombia son los que pueden ir a Bogotá, Medellín, Cali, o Barranquilla, a unos pueblos grandes. ¿Y los pueblitos? Cuando uno viaja por este país Ana María, eso es muy bonito y a mí me alegra, uno se lleva sorpresas: cuánto han cambiado pueblos pequeños que van empezando a ser ciudades.

A.M.G.: Julián, en la historia de la formación de psicólogos ¿qué aciertos, desaciertos y contradicciones puede percibir?

J.A.: Ana María, hemos hablado de la disparidad que hay en el país en las facultades de psicología, por lo que decía, Colombia es un país de regiones, y hay unas desigualdades enormes de una región a otra. Hay algo de lo que me he dado cuenta participando en estas reuniones de Ascofapsi y Colpsic. Lo voy a decir de una manera un poco burda: los programas de psicología en el país están inventados, quiero decir, la formación básica del pregrado es muy similar, si tu llegas a una facultad de psicología en cualquier parte de Colombia, al primer semestre, vas a estudiar historia y epistemología de la psicología. En la formación básica de los pregrados coinciden los programas de psicología en el país. Eso es lo que yo llamo lo que está inventado y no es necesario volver a inventar lo que ya existe. Hay una formación básica disciplinar porque la psicología se apoya en ciencias. Por ejemplo hay que tener en cuenta la genética, pero si uno quiere saber algo de genética necesita saber bioquímica y si uno sabe genética y bioquímica va a poder entender la importancia que el sistema endocrino tiene en la vida del ser humano. Tan importante es el sistema nervioso central como el endocrino, por eso digo que la formación básica está inventada y en eso coincidimos. También hay acuerdos en los campos ocupacionales que son muy variados. Tan importante es el mundo del trabajo y las organizaciones, como la escuela, la salud, la clínica, la investigación, la psicología social, la forense o lo que quieras. Hay una diversidad muy grande. Existen universidades que hacen énfasis en ciertos temas y están en todo su derecho, no faltaba más, en escoger como énfasis la neuropsicología, que es lo que ha ido tomando fuerza en el mundo desde los años 90. La década de los noventa fue la de la primera investigación a nivel internacional sobre el cerebro. Ahora en esta década, es decir 2011-2020, estamos en la segunda de investigación internacional del cerebro. Algo se sabe sobre el cerebro ¡algo se sabe!, pero el que nos diga que ya lo sabe todo, es un ingenuo, un charlatán, o un mentiroso. Si algo sabemos, podemos saber más, investigando.

A.M.G.: Considera entonces como aciertos, un núcleo disciplinar básico que compartan las universidades independientemente de las regiones y que cada una pueda tener ciertos énfasis.

J.A.: Sí, exactamente.

A.M.G.: ¿Qué contradicciones encuentra y qué desaciertos?

J.A.: Ana María es muy difícil convertirse uno en juez de los demás. A duras penas uno puede ser juez de uno mismo, a duras penas. Yo no sabría decir, no sabría resolver ese problema. Lo único que se me ocurre es esto: así como Colombia no es una unidad porque hay una enorme diversidad, disparidad entre regiones, pues la psicología tampoco es una unidad. Si uno mira la historia de la psicología se da cuenta que lo que sobresale son corrientes de pensamiento, pero no únicamente teorías porque las corrientes de pensamiento implican teorías y maneras de resolver ciertos problemas. No es lo mismo la neuropsicología que la psicología en las organizaciones y en el mundo del trabajo. Entonces yo diría que no se trata tanto de desaciertos, ni de contradicciones, tengo más bien una manera de pensar distinta. Divergencias enriquecedoras. Porque la contradicción rápidamente nos lleva a la pugnacidad y a la creencia errónea de que yo tengo la razón y el otro está equivocado y no necesariamente es así. Voy a decirlo de otra manera distinta: un problema humano complejo puede ser analizado desde perspectivas muy diferentes y ese análisis nos lleva a proponer soluciones parecidas, eso es lo interesante de este ámbito que llamamos lo humanístico, lo social. El peligro es que una manera de pensar se vuelva un dogma. Ese es el peligro. Si yo estoy absolutamente convencido de tener la verdad de mi lado, entonces estoy perdido, es decir, estoy atrapado en un sistema de creencias dogmático. Se necesita más que la pugnacidad. Yo prefiero la emulación, la competencia, y luego la colaboración porque la pugnacidad me parece algo muy intenso. Que haya disparidad, que haya diversidad, que haya riqueza. Al observar eso que llamamos vida, ¿qué es lo que se observa? la variedad, la diversidad, la riqueza, ¿cierto? Entonces en el campo del pensamiento hay que aspirar a la variedad, a la riqueza y no a la uniformidad. Imagínate tu un mundo en el cual todos pensáramos igual, un mundo así es insostenible. Si no hay campo para la variedad, para la discusión, para la diversidad, para la riqueza en los puntos de vista, entonces estamos en un mundo absolutamente uniforme, terrible, como de novela de horror.

A.M.G.: Julián, hemos conversado sobre el número de programas de psicología que tiene actualmente Colombia y Medellín. ¿Cree que en ese sentido, la formación en psicología ha avanzado?

J.A.: Yo creo que sí Ana María, y uno de los avances importantes es este: tomar conciencia de que un pregrado, como les digo a mis estudiantes, es apenas la cuota inicial, es decir, un programa de pregrado independientemente de la carrera que tú escojas te da una aproximación muy general a la profesión. Está la posibilidad de seguir estudiando, de seguir investigando, de seguir formándote como ser humano, como persona, como ciudadano, como profesional; por eso existen los diplomados, las especializaciones, las maestrías, los doctorados, los estudios post doctorales. ¿Qué significa eso? Que estamos condenados, no a la soledad, sino más bien a seguir estudiando, ¡una maravilla! Hay que seguir preparándose, formándose, avanzando porque el ejercicio profesional en cualquier profesión hoy en Colombia es cada vez más exigente, más competitivo en el buen sentido de la palabra, no en el sentido de la pugnacidad que quiere acabar con el otro, descalificarlo, matándolo de una manera simbólica, y peor aún cuando es la muerte real del otro porque lo consideran un enemigo, si no, insisto que en cualquier profesión hay que seguir avanzando, estudiando y formándose; y ojalá que uno tenga la posibilidad de ver algo del mundo para dejar de creer que Medellín es la mejor ciudad, el mejor vivero. Así como Medellín no es la cuadra del barrio donde yo he vivido toda mi vida, esta ciudad no es el mundo. Viajar por el país y luego ver otras regiones del mundo, gentes, idiomas, costumbres, creencias, comidas, hábitos, eso es enormemente enriquecedor. Entonces quien tiene la posibilidad de salir y especializarse no sólo por el mérito académico y por el título académico, sino por la experiencia de vida, abre el panorama. Los colombianos hemos sido, en las palabras de un presidente y no es una exageración, un Tíbet en Suramérica, es decir, aquí por muchos años hemos estado aislados. Es algo parecido a una fobia social o a una fobia internacional, todo lo que venga de afuera nos asusta; y hay una relación ambivalente, porque eso que nos asusta al mismo tiempo lo anhelamos y admiramos. Por fortuna, desde aproximadamente los años noventas Colombia, de a poco, ha ido cambiando de mentalidad. Piensa en la investigación científica, en la tecnología que vamos importando y en lo que esta permite. Siquiera existe hoy una red internacional, y un computador de escritorio que es mucho más potente que el que existía en

la Universidad de Antioquia en el sótano de la biblioteca, y que era uno de los más importantes de Medellín. Te estoy hablando de 1969 y de la Universidad que yo conocí y que ya no existe porque hemos cambiado. Entonces la tecnología y las comunicaciones permiten que la humanidad deje de ser un concepto abstracto y haya la posibilidad de volverlo realidad, pero hay mucho fanatismo y yo no soy muy optimista.

A.M.G.: Julián ¿qué desafíos enfrenta la formación futura en psicología?

J.A.: Ay Ana María, yo no soy capaz de responder esa pregunta porque es que el futuro está abierto, el futuro es incierto; en el futuro puede pasar lo más inesperado y lo más sorprendente. Yo simplemente imagino, intuyo, que en la medida en que se van haciendo logros en otros campos, en la actividad científica y tecnológica habrá incidencias en la psicología. Imagínate tu, bueno eso no hay que imaginárnoslo, es una realidad, toda la tecnología sofisticada en las imágenes, lo que ha permitido aproximarnos a entender el funcionamiento de ciertas partes del cerebro. Voy a decirlo de otra manera, hace muchos años empezó a hacerse una cartografía del cerebro. Mucho antes existieron cartógrafos que fueron haciendo la cartografía del planeta tierra y los mapas eran muy distintos. Inicialmente hubo una cartografía del cerebro. Hoy por medio de las imágenes, un asunto que es posible gracias a la tecnología, los que saben de imágenes nos pueden enseñar muchas cosas sobre el funcionamiento real del cerebro; entonces, pienso que investigaciones que se hacen en otros ámbitos finalmente repercuten. Te voy a poner un ejemplo muy tonto, si no hubiera existido en Holanda gentes que sabían pulir lentes, difícilmente se hubiera inventado el microscopio. Y este desde el punto de vista puramente tecnológico, es un aparato óptico necesario para poder descubrir la neurona. Sin el microscopio no hay el descubrimiento de una célula específica del sistema nervioso llamada neurona. Pero tú no haces nada si tienes muy buen microscopio porque necesitas tinturar, teñir la célula nerviosa para poder verla. Entonces fíjate que es un conglomerado, una constelación de sucesos que permiten avanzar y que no necesariamente hacen parte de un campo específico de la psicología, vienen de otras partes, de ahí que sea necesaria la formación interdisciplinar, la que mira hacia otras ciencias, lo que te decía antes de la genética y la bioquímica.

A.M.G.: Julián, desde su perspectiva, ¿cuáles son los aspectos o procesos nucleares de la formación en psicología?

J.A.: Ana María ya hemos hablado de algunos, he dicho que hay una formación básica y unos campos ocupacionales muy variados, que tienen que ver con el ejercicio profesional, pero hay que tener en cuenta al menos dos aspectos más: el primero, las prácticas, que es importantísimo porque ¿qué hace un practicante mientras esté en pregrado? Iniciar, estando todavía en una universidad y teniendo profesores que lo orienten, el ejercicio profesional. Ir a un campo de prácticas es anticipar el ejercicio profesional antes de tener el título, por tanto, las prácticas son absolutamente claves, por eso es muy importante tener una red local de prácticas. Ascofapsi promueve eso. Las prácticas son absolutamente necesarias en la formación básica de un psicólogo. Ese es un punto, y hay otro: si bien la razón de ser del pregrado no es la investigación, esta es más bien del lado de la maestría y sobre todo del doctorado, el pregrado sí debe arrimar, acercar un estudiante cualquiera a la investigación. Si a alguien le interesa la investigación en esto o en aquello, el pregrado debe ayudarle a eso. No hay distancia, no hay contradicción, para volver a utilizar esa palabra, entre práctica e investigación; hay más bien una relación de complementariedad. La formación disciplinar básica, el acercarse a los campos específicos, las prácticas, la investigación, y hay otro tema que es supremamente importante. Yo hablaba antes de la formación personal de un ser humano, del ciudadano, de un hombre, de una mujer, de un profesional, la ética es un asunto fundamental en cualquier profesión y no se enseña, se va adquiriendo poco a poco desde el hogar ¿cómo lo digo de una manera más matizada? Es que tu no aprendes la ética porque estás estudiando psicología y llegaste al séptimo o al octavo semestre. Uno no nace con la ética incorporada en el genoma, es más bien un logro que se va adquiriendo poco a poco desde el hogar, desde la familia. Después hay un relevo, un cambio de la familia de origen por el colegio y si no, ¿por qué dicen que el colegio es el segundo hogar? y ¿por qué en los colegios hablan de escuela de padres? ¿Los padres no pasaron ya por el colegio y la universidad? Es que los padres también son coprotagonistas como el colegio en la formación de los hijos, cada uno ha hecho un recorrido largo, social y cultural, que le permite ir incorporando la ética como construcción endeble. La ética es muy endeble, se pierde fácilmente, la brutalidad en las guerras nos lo muestra de manera palmaria.

A.M.G.: Julián, en este orden de ideas entonces ¿qué sentido tiene un curso de ética, que es común para muchos programas en una universidad?

J.A.: Una es la ética general y hay también la ética profesional porque hay una ley. En Colombia existe una ley específica para el ejercicio de la psicología y es que el curso de ética no choca con lo que te estoy diciendo. La construcción de la eticidad en el ser humano es un proceso que comienza en el hogar, en la familia y se apoya tanto en las palabras como en los ejemplos que recibimos, de eso que comúnmente llamamos papá y mamá. ¿Qué tal un papá que diga una cosa y haga la contraria? Es una burla y un contrasentido. ¿Quién puede creerle? La construcción de la eticidad en el ser humano es algo muy largo, complejo y endeble. Lo que pasa es que las profesiones tienen leyes específicas, no puede ser lo mismo la ley ética que regule el ejercicio profesional de la ingeniería civil, la ingeniería de sistemas o la ingeniería administrativa, a la ley de ética, la norma jurídica que regula el ejercicio profesional en psicología. Pero es que además de lo específico del código, de la norma jurídica que regula el ejercicio profesional en psicología, hay la formación ética y eso es endeble y muy frágil. Un hecho que muestra la fragilidad de la ética, insisto, es por ejemplo la guerra y si no, ¿por qué dicen, escucha cómo hablamos, en la guerra y en el amor todo es posible? La guerra no solamente acaba con el otro de una manera real, sino con la cultura y la ética, bases de la convivencia. Un grupo de seres humanos se reúnen para convivir en paz un territorio. La guerra acaba con eso. Entonces fíjate que por un lado hay un postulado ético: vivamos en paz en un territorio, razón de ser de la cultura, de la convivencia y colaboración; y por el otro, va lo oscuro, lo siniestro, lo ominoso, lo diabólico que hay en el espíritu humano. Por eso es que a mí me gusta decir que es mejor ver la vida en claroscuro como si fuera cuadro de Rembrandt o de Caravaggio. Es que en la vida de cada uno, no todo es como en la escuela veneciana del renacimiento, no todo es la belleza de la luz y el color; también hay tinieblas y oscuridad en el corazón a la manera del relato de Joseph Conrad. Cuando uno habla de ética y de un código específico para X, Y, Z, Alfa o Beta profesión debe tener en cuenta que la ética está y fácilmente se pierde; es decir, el honrado ciudadano en tiempos de paz, en el momento de la guerra no es el honrado ciudadano. Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué entre nosotros atrae tanto el dinero fácil y el culto a la viveza sin miramiento por los otros?

A.M.G.: Entiendo Julián... continuemos ahora con otra pregunta y hablemos sobre la relación profesor-alumno en el proceso formativo. ¿Qué nos puede contar sobre dicha relación?

J.A.: Ay Ana María ese sí que es un tema importante. Al comienzo de esta conversación te decía, estoy hablando de lo que me pasó a mí, haber llegado de una manera muy precipitada a ser profesor, así fuera por horas en esta o en aquella universidad, eso no importa tanto cómo se llame esa institución, cómo está organizada, cómo funciona, sino que es la pretensión demasiado precipitada en mi caso, de tener algo para enseñar a otros que eran de la edad mía o mayores. Yo tuve alumnos que tenían más años de los que yo tenía. Eso es un atrevimiento, ¿sí o no? A mí ahora me parece un atrevimiento. El atrevimiento en este caso debe ser una extraña forma de locura, algo muy raro. ¿Para dónde van estas palabras? van hacia esto: si hay algo que a mí me preocupa como profesor es lo siguiente: no puedo medir, calcular, anticipar el efecto que las palabras mías en un salón de clase van a tener sobre mis estudiantes y sobre mí. Y ¿por qué digo sobre mí? Porque cuando uno habla también se escucha. Uno no solamente habla con los otros. Se dice dictar una clase, pero es que lo que uno dice en un salón a unos estudiantes, se le devuelve. Con frecuencia me pasa, me encuentro con una persona que fue alumna mía hace muchos años y de pronto me dice “es que usted un día en clase dijo tal cosa”, pues yo no me acuerdo y le creo, y entonces esa palabra abrió un mundo o lo cerró. A mí eso me parece de una magnitud que no solamente me asombra, sino que me preocupa, pero es que eso nos pasa a todos cuando hablamos. Al hacerlo corremos un riesgo increíble porque estamos convencidos de que hablar y decir es lo mismo, y resulta que cuando hablamos, decimos menos de lo que queremos decir, pero también la recíproca, decimos mucho más de lo que queremos decir. Ojos vemos, corazones no sabemos. Si a mí los otros no me cuentan del efecto que tienen mis palabras en ellos, ¿yo que voy a saber qué están pensando?, ¿qué están sintiendo? Eso me parece a mí tremendamente importante en el trabajo de cualquier profesor en cualquier universidad de Colombia y del mundo. Es decir, no es suficiente la preparación intelectual o académica, la inteligencia, eso que dijimos antes, salir, formarse, ver el mundo, todo eso es necesario, pero no suficiente. Uno debe diferenciar la condición necesaria de la condición suficiente. Es necesario tener una buena formación, pero

no es suficiente porque cuando uno va a un salón de clases a hablar de un asunto está corriendo un riesgo y el riesgo consiste en que yo no soy el amo de mis palabras porque no puedo calcular el efecto que las palabras van a tener sobre mis interlocutores y sobre mí mismo; en el largo plazo uno tiene que reinventarse muchas veces como profesor universitario y parte de ese reinventarse es lo que yo llamo la vocación. Ser profesor, para decirlo de una manera sencilla, es un asunto tremendamente difícil. Yo no sabía eso a los 23, 24 o 25 años; ahora a los 67 lo vislumbro, no es que lo sepa, lo vislumbro, lo entreveo, pero yo no puedo decir que ya lo tengo aprehendido, no puedo afirmar eso. Por eso me parece importante, importantísima esa pregunta. ¿Quieres repetirme la pregunta?

A.M.G.: Claro Julián: ¿qué nos puede contar sobre la relación profesor-alumno en el proceso formativo?

J.A.: Bueno, ya dije algo, también voy a retomar palabras que dije antes. A lo largo de la vida, porque existe y vamos a llamarlo así, la plasticidad, es decir, la capacidad de cambiar, vamos cambiando unos modelos por otros. Si volvemos a lo que te decía del hogar, los primeros modelos que uno tuvo en la vida fueron el papá, la mamá, los hermanos y las personas de la familia, el abuelo, la tía, la abuela, el primo, la prima, el lenguaje del parentesco es lo básico. No es solamente la pequeña familia del papá, mamá y muchachitos necios. Es que la familia es algo mucho más complejo. Todo eso influye en uno. Y hay modelos que dejan una huella ¿por qué yo tengo tías, primos o abuelos inolvidables? No me quedé ahí únicamente atrapado en la casa con esos modelos porque van cambiando. Uno se da cuenta de que el papá, esa persona de carne y hueso que llama papá, no es la maravilla que uno pensaba que era cuando uno tenía dos, tres, cuatro o cinco años y le decía papá necesitó algo y el papá se lo traía. Poco a poco, cada quien va dándose cuenta de la insuficiencia de los modelos que admiró. Uno va cambiando unos modelos y creencias por otros, a veces sin darse cuenta, a veces con mucho dolor para evocar a Hermann Hesse. Los estudiantes por lo general no son conscientes de la identificación que hacen con ese profesor que les parece una maravilla y a quien toman como modelo ideal y es ideal porque lo tienen idealizado, pero realmente ese modelo no es ninguna maravilla, es un mísero mortal. Lo que pasa es que en la universidad es muy fácil que este fenómeno pase, porque, al fin y al cabo,

¿quiénes llegan a la universidad? Los muchachos y muchachas adolescentes de 16 y 17 años. Miremos ese asunto desde la siguiente perspectiva Ana María. Es un momento de cambio y transición. Afortunadamente existe la adolescencia. Es un momento de cambio porque de esa vieja historia infantil algo está quedando atrás y me estoy distanciando de esa historia infantil que me pareció maravillosa o desgraciada y estoy encontrando un mundo distinto, un mundo diferente del colegio donde pasé tantos años. Por tanto ese mundo de la universidad para un adolescente es muy atractivo y parte de la atracción pasa por los profesores y por los temas de los que hablan. Por tanto para un profesor es muy fácil seducir con su palabra a unos estudiantes adolescentes y entusiasmarlos. Esto para mí es la responsabilidad enorme de ser profesor universitario. Eso que a mí me aterra y que ya lo dije, de no poder calcular el efecto que mis palabras tienen sobre unos muchachos y muchachas adolescentes, que no solamente están en un momento de transición, sino que son frágiles y vulnerables. Por todo eso, me parece terrible tratar de convencer, de atraer a mi redil a mis estudiantes. Si uno verdaderamente ama a los estudiantes y los respeta, los debe dejar que sean libres para que vayan encontrando y recorriendo sus caminos. Como les decía a mis alumnos cuando dictaba clases: ¿y a ustedes quién les dijo que yo les estoy diciendo la verdad?, puedo estar diciéndoles mentiras y engañándolos. Es necesario que tengan unos referentes, todos necesitamos referentes en la vida, y ojalá esos referentes sean claros y sean sólidos, pero es que el referente no necesariamente es la verdad, o sea, no todo lo que el profesor diga hay que aceptarlo como un dogma de fe. Aunque eso también hace parte de la responsabilidad del alumno porque él es el protagonista de su propia formación. Como profesor acompañé un tiempo, unos años. Afortunadamente se van a ir de la universidad, ojalá se vayan rápido, ¿cierto? para que puedan seguir avanzando en la vida. Hay inevitablemente la idealización del profesor, pero también hay otro fenómeno que coloquialmente se dice: “es que el profesor X, o Y me la montó”, “yo le caigo gordo y no sé por qué”. Ya no es la vertiente de la idealización amorosa, sino de la hostilidad, que también ocurre en la vida cotidiana, en la casa, en el colegio, en la universidad, en el trabajo. Donde quiera que nos topemos con los demás hay que tener en cuenta que también hay la rivalidad, la hostilidad, la competencia, los celos, la envidia. Esto son palabras que nombran eso que yo llamo el mundo claroscuro, la vida en claroscuro a la manera de Rembrandt. Pasan los alumnos por identificaciones con modelos y creencias y por fortuna, luego se van distanciando.

A.M.G.: Julián ¿cómo analiza usted las implicaciones subjetivas que trae para los estudiantes el formarse en psicología?

J.A.: Ana María es ese otro tema difícil porque es que no hay un solo sujeto, hay diversos sujetos y subjetividades y eso no es fácil de calcular. Digo sujeto en forma general y aclaro que hoy en psicoanálisis sujeto es un concepto específico de esa clínica. Te voy a poner ejemplos: alguien llega a estudiar X carrera, se siente en la carrera como pez en el agua y la hace en poco tiempo, le va muy bien y efectivamente descubre que eso es lo que quiere hacer. Hay personas que llegan a la universidad con la ilusión de una carrera, y lo digo yo porque a mí me pasó, y uno cambia de carrera y eso no necesariamente es un fracaso. O sea, es la fragilidad, la vulnerabilidad de la situación vital en la que uno está cuando sale del colegio. ¿Quién dijo que porque escogí X, Y o Z estoy haciendo la mejor elección? No necesariamente. Entonces ¿qué consecuencia tiene sobre la subjetividad de alguien estudiar psicología? Eso me parece a mí difícil de responder, de medir, de cuantificar. Y se me ocurre este ejemplo, distinto al anterior. Entre nosotros hay una creencia equivocada, errónea, falsa y es esta Ana María: voy a resolver los problemas que me agobian estudiando psicología. Eso pasa entre los estudiantes de psicología de las universidades. No, es que si a mí me agobia un problema subjetivo, lo mejor que puedo hacer con ese problema que no he logrado resolver es buscar ayuda profesional, no voy a resolver mis problemas estudiando psicología, no resuelvo los asuntos desajustados de mi subjetividad estudiando psicología. Esa es una manera de ilustrar el asunto. Pero a mí me parece muy difícil dar una respuesta categórica y clara a esa pregunta. Además de la elección hay que ser apto y querer ejercer por muchos años. A veces llegan a la universidad estudiantes que no pudieron elegir y que están ahí por la presión del papá o la mamá que le dicen que tiene que estudiar esto y no le pagan la matrícula si hacen otra carrera.

A.M.G.: Julián, ahora hablábamos un poco de la relación profesor alumno y usted hacía alusión a lo difícil que puede ser calcular los efectos de decir algo en un aula de clase; centrémonos un poco más en las implicaciones subjetivas que tiene para los docentes ser un formador en psicología, ¿cómo analiza usted dichas implicaciones?

J.A.: Ana María, ya hemos tocado el tema de la eticidad y el de esa propiedad que tiene la palabra, y es incalculable su efecto, entre otras razones, porque la palabra tiene una propiedad extraña, las palabras no son unívocas, las palabras son polisémicas, maravillosas y al mismo tiempo engañosas.

A.M.G.: Julián ¿cree usted que existe una diferencia entre formar psicólogos y formar otro tipo profesionales? en cuanto a implicaciones subjetivas de quien forma.

J.A. Hay diferencias Ana María en la subjetividad del profesor y en la de los estudiantes, pues uno y otros están en una relación dispar y desnivelada en cuanto a formación intelectual, recorrido vital, experiencia profesional, conocimiento del ejercicio profesional, y por supuesto, ser profesor universitario. Hace un tiempo hablamos de ser un profesional destacado, necesario pero insuficiente en la labor docente, pues hay que tener una relación adecuada con cada estudiante, hay que partir del respeto que acerca y crea confianza, y además saber transmitir, saber de pedagogía y didáctica, ser muy flexible en el trabajo en clase combinando la exposición magistral, el trabajo de los alumnos en grupos pequeños de lectura de textos, orientarlos con preguntas y luego escucharlos y dialogar con ellos para aclarar algo de lo que leyeron. A quien empieza en la universidad hoy se le dificultan la escritura y la lectura por su alto nivel de abstracción y hay que ayudarles a crear hábitos de estudio, de pensamiento, de análisis de textos difíciles; a desconfiar de la primera impresión que como lectores se forman. Leer es ante todo releer, y con cada lectura nueva encontramos matices en el escrito, nos preguntamos por los problemas que el autor quiso resolver y si lo logró o no, y por la manera como el escrito está estructurado. A escribir aprendemos un poco leyendo los escritores clásicos en el idioma nuestro, y también en las traducciones de los maestros. No leo ni escribo ahora como lo hacía en la primaria, el bachillerato, empezando la universidad, comenzando a destiempo mi labor docente. He cambiado mucho, rectificado mucho, resuelto problemas anímicos, vitales, familiares; así como el escritor y el lector cambian, la subjetividad de cada quien no es una barra de acero templado, es flexible como el bambú y se moldea. Como profesor me interesa más despertar en mis alumnos curiosidad y amor por el saber que convencerlos y demostrarles que digo la verdad, tengo la razón en

todo, y otras necesidades. Insisto, no es lo mismo estudiar astronomía que estudiar psicología. Hay diferencias. Es que mira, ¿por qué hay personas, como se dice coloquialmente, que son sobradas estudiando astronomía? Esos astrónomos brillantes que no son solamente brillantes porque estudian estrellas brillantes; los hay que son nulos, opacos para entender los asuntos humanos, no podrían ser psicólogos. Es decir, hay personas que, por su manera de ser, no es tanto por el oficio, no es por el hecho de ser astrónomos, que son negados para los asuntos humanos. Yo conozco a más de una persona. Te voy a poner ejemplos de amigos y amigas médicos. En medicina hay una especialización tremendamente importante que se llama patología. El trabajo del patólogo es un trabajo en el laboratorio y es un trabajo silencioso y de mucha concentración. Hay personas que no tienen facilidad para relacionarse con otros seres humanos, entonces esa dificultad en el intercambio con el otro los lleva a formarse como patólogos y a trabajar en un laboratorio porque no tiene que ver con personas, simplemente ven tejidos y en qué estados están esos tejidos. Te pueden decir: “esto que vi en el microscopio no está bueno, aquí hay algo maligno, por ejemplo, un cáncer”. Pero esa persona que es una maravilla descubriendo malignidades en los tejidos es absolutamente nula para decirle a alguien la noticia desafortunada: “desgraciadamente usted tiene un carcinoma o un adenocarcinoma o un melanoma...”; es decir, hay maneras de ser que llevan a las personas a elegir unos campos de actividad muy especializados. Así como no cualquiera trabaja puliendo lentes, o tallando diamantes, no cualquiera es un buen patólogo. Hay otros que dicen: “lo que necesito y me gusta es tratar muchos pacientes, ver pacientes” y hay otros que dicen: “no, yo no quiero trabajar con pacientes, yo prefiero la investigación básica”. Esto nos vuelve a llevar el tema en la variabilidad y de la diversidad, no solo de la vida, si no de la vida de los humanos y eso hay que tenerlo presente siempre. No solamente como ciudadanos, también como profesor, como profesional. Por eso digo que este oficio es muy difícil. Tiene uno que ser muy, muy arriesgado. Y en ese arriesgarse tiene que haber algo de lo que llamamos locura, para meterse tan rápido en estos asuntos como lo hice de modo intempestivo. Por tanto, prefiero el ejemplo que te daba antes, de lo que en la República y en el Imperio se llamaba el *Cursus honorum*. Empiece muy temprano, si es patricio, a los 18 años y vaya poco a poco desplegando sus aptitudes. Si le va bien usted podrá ser cónsul 22 años después y por seis meses. Ahora bien, si usted es un cónsul excepcional, por ejemplo Cincinato, entonces podrá llegar a ser, por seis meses, dictador de Roma en la situación

extrema en que la existencia misma de la ciudad esté en entredicho. El Senado tomará la determinación de nombrar dictador a un cónsul que ya ha sido probado, que ya tiene experiencia. Pues a mí se me ocurren ese tipo de imágenes, de analogías, porque realmente son preguntas difíciles. En la universidad empecé como auxiliar de docencia y me fui transformando en profesor vinculado, y muchos años luego en titular y ahí sigo porque tuve vocación para ese oficio. No soy hoy el intempestivo que comenzó sin saber lo que hacía, y tampoco afirmo que ya todo lo sé.

A.M.G.: Julián ¿qué reflexiones realiza con respecto a las formas de currículo oculto que atraviesan la formación en psicología?

J.A.: Ana María, ¿cuál será el currículo oculto?

A.M.G.: Por ejemplo, por ley no está estipulado que los estudiantes deban asistir a un proceso psicoterapéutico, ¿cierto? Pero, por ejemplo, acá en EAFIT y creo que también en otras universidades, los profesores insisten a sus estudiantes sobre la importancia de tener un proceso psicoterapéutico personal. Este tipo de aspectos aluden por ejemplo a lo que es el currículo oculto.

J.A.: Bueno Ana María, me parece muy importante el tema. Yo tengo esta opinión: retomo algo de lo que te decía antes. Si yo tengo problemas, la mejor manera de resolver esos problemas es buscando ayuda profesional y no estudiando psicología. Y los problemas tienen grados. En general yo creo esto: la mayoría de los seres humanos tenemos suficientes recursos, herramientas a la mano, para resolver ciertos asuntos básicos. Hay momentos de la vida en los que uno puede pasar por una situación de dificultad que no logra resolver por sus propios recursos y en ese momento hay que buscar ayuda profesional. Un tratamiento, poco importa si es un tratamiento médico, odontológico o psicológico, es una decisión que cada quien toma. Yo no puedo imponerle a nadie un tratamiento. Imagínate tú, una persona que va donde el médico. Hay que atravesar un período de exámenes, de pruebas, hasta llegar a decir con el patólogo, hay un linfoma. El médico le dice a esa persona: “hay esta situación, lo que podemos hacer es esto”, dependiendo del tipo de tejido, por lo general la cirugía, la

quimioterapia y la radioterapia y esa persona dice “yo no quiero hacer nada de eso”. Ese médico no puede obligar a esa persona que tiene cáncer a hacerse tratamiento. La persona está en su derecho de decir “no, yo no voy a utilizar ninguno de los procedimientos. Cuando el dolor sea insoportable voy a pedir ayuda, voy a echar mano del recurso de la clínica del dolor”; hay otras personas que dicen “sí, claro, yo me arriesgo con el tratamiento, yo necesito tratamiento”... Pensemos en un estudiante de psicología que tenga una dificultad, uno no puede ir más allá de hacerle la sugerencia, pero el tratamiento es una decisión de cada quien. Volvamos a los estudiantes de psicología. A mí no me gusta lo que pasa en Colombia con la psicología clínica que es muy diversa, muy variada. Soy de los que piensan y creo que hay muchos que pensamos parecido, que un pregrado de psicología no habilita para ese campo específico llamado psicología clínica. En otros países del mundo, además de la formación del pregrado, se necesita la formación posgrado, es decir, la maestría, el doctorado y otros requisitos. Volvamos a lo que te decía hace un rato, separar lo necesario de lo suficiente. El tener una muy buena preparación académica o intelectual es necesario, pero no suficiente. Si por la razón que sea, a mí me interesa la clínica, yo quiero ser un psicólogo clínico, no me interesa la educación, ni el mundo del trabajo ni de las organizaciones, ni la psicología educativa, parte de la formación que me va a ayudar al ejercicio de la psicología clínica es mi propio tratamiento. Ana María te lo voy a decir de una manera más simple. Si yo jamás he sido paciente, ¿cómo voy a recibir un paciente? Pero eso no puede ser una imposición, eso no puede ser obligatorio. No podemos obligar a nadie a hacerse un tratamiento ni médico, ni odontológico, ni psiquiátrico, ni psicológico, ni psicoanalítico. Esa es la decisión de cada quien, y eso hay que respetarlo, a no ser que ese alguien vaya a decidir formarse como clínico. Es necesario el tratamiento, pero yo digo que no es suficiente con un pregrado, hay que seguir avanzando en la propia formación. Y en el campo específico de la psicología clínica hay que tener un maestro con experiencia, con recorrido, que ayude a quien está empezando por ese camino. Hay que ser muy cuidadosos entonces. Yo creo que si un profesor se da cuenta que un estudiante tiene dificultades, puede hacerle la sugerencia, la recomendación, pero ni la universidad, ni el profesor, ni el decano, ni el rector pueden obligar a alguien a hacerse un tratamiento. Ahora, hay otra manera de mirar el p^énsum oculto, muy distinta que es esta. Qué bueno que en las universidades los muchachos tengan la oportunidad de acercarse a otros ámbitos de lo humano que no son la formación profesional. Qué bueno que puedan ir a cine,

a un concierto, a ver una exposición; que entren en contacto con la filosofía, con los discursos de los científicos. Eso sería el p^énsum oculto valioso, positivo y deseable. Además de la formación básica, la específica y la técnica, un psicólogo puede tener un horizonte amplio si es curioso.

A.M.G.: Sí claro, lo que le mencioné es una de las formas, no es que sea ese el currículo oculto, también puede entenderse desde la perspectiva que menciona.

J.A.: Yo creo que las universidades están haciendo un esfuerzo para decirle a los estudiantes: “usted viene a la universidad y debe estudiar y debe estudiar mucho pero también piense que la universidad le permite ir al cine, a cine foros, a conciertos, a exposiciones, a conferencias científicas, de divulgación, salidas, pasantías. Vaya a otras universidades de la ciudad, del país, del mundo a hacer un semestre”, ¿sí? Es decir, que sea oculto no significa que sea negativo. Eso es lo que yo quiero mencionar.

A.M.G.: bien, entiendo. Julián ¿en su opinión y de acuerdo con su experiencia, qué obstáculos y apalancadores emergen en el proceso formativo de psicología?

J.A.: Ana María, apalancadores es la combinación de por lo menos dos factores. Para mí el factor más importante es este: yo tengo que ser muy consciente, como estudiante, que soy el protagonista de mi formación. Los profesores, que deben ser profesores buenos, no sólo por su formación intelectual, sino por su experiencia, su recorrido, el mérito, por eso que nombramos hace rato al comienzo de la entrevista, ser un profesional destacado, competente, meritorio, también deben conocer qué posibilidades hay para transmitirle a otros conocimientos, eso no se agota en el salón de clases. El salón de clases es un recurso muy importante, pero hay otras posibilidades, ¿cierto? Recibir en la oficina a un muchacho que tiene alguna dificultad o que no ha entendido un tema difícil, hablar con él, sugerirle lecturas, mira esto, mira aquello, esto te puede ayudar. Eso también es un recurso. Como es un recurso la tecnología. Hoy es muy frecuente que los profesores utilicen en el salón de clases el computador, el video beam, el documental. Entonces la combinación del acompañamiento

del profesor con la conciencia que el estudiante tiene de ser el protagonista de su propia formación, apalanca.

A.M.G.: Y ¿qué obstáculos?

J.A.: Ay Ana María, los obstáculos van desde confundir la condición necesaria con la condición suficiente hasta algo muy importante que hemos mencionado, la relación con el otro. La relación con el otro es fundamental ¿Qué tal un profesor bien sabio, bien acartonado, bien vanidoso, bien engreído, bien convencido? Insoportable. Hay que tener una cierta amabilidad, una cierta jovialidad. Tal vez la palabra más adecuada, más importante de todas, insisto, es el respeto en la relación con el otro. El estudiante es estudiante, pero no es un imbécil, no es un retardado mental. Se da cuenta quién lo atiende bien cuando pregunta o dialoga en privado. Es inadmisibles que un profesor haga quedar mal ante los demás, o se burle, cuando alguien que comienza o finaliza su carrera yerra.

A.M.G.: Sí, el asunto del respeto es transversal Julián.

J.A.: Es decir, hay que saber acoger a los estudiantes, saber relacionarse con ellos. Y el punto de partida para la buena relación con los estudiantes es el respeto. Si yo soy tu profesor y te respeto a ti como alumna, tú me vas a respetar, hay reciprocidad. Pero si yo soy un tipo impotable, con el que no se puede hablar porque es un ogro, por favor, eso en vez de apalancar, obstaculiza, repulsa, expulsa, aleja. Es muy importante ese intercambio humano con el otro, que pasa por la cultura, las costumbres, los hábitos, los usos, el lenguaje, las creencias. Hay una cosa muy importante Ana María, uno tiene que ser muy respetuoso con las creencias de los otros. Mis creencias son mis creencias, pero uno puede estar totalmente equivocado. Por eso te conté la anécdota de lo que le decía a mis alumnos, ¿y ustedes porque están tan convencidos? Yo no les estoy diciendo la verdad, a lo mejor sea un ser maravilloso y mentiroso, experto en decir mentiras o puedo estar bien perdido, equivocado. Eso me parece a mí que es muy importante para ayudarles a pensar por ellos mismos, a que formen su propio criterio, a que duden. Y así como hay palancas, siempre que haya un punto de apoyo, hay obstáculos, impedimentos que pasan por la vanidad, por la autosuficiencia, por ese creerse

demasiado, y en el ámbito universitario uno encuentra personajes que ¡ay, madre mía! tienen mucho por desbastar porque son muy bastos, y tienen que pulirse.

A.M.G.: Julián, para ya ir terminando esta entrevista, ¿cuál cree usted que es el futuro de la psicología?

J.A.: Ana María mira yo insisto en la idea de que el porvenir es incierto. Está abierto, hay muchas posibilidades. Posibilidades que ni siquiera alcanzamos a entrever porque la vida de un ser humano es corta. Te voy a poner de ejemplo, que me parece interesante, a Michío Kaku, un físico teórico norteamericano que ha tenido éxito en programas de divulgación científica, y esos programas de televisión han dado vida a libros. Él se va a hablar con investigadores muy importantes, de muy diversos ámbitos, a un nivel físico y teórico para que le cuenten qué están haciendo en genética, química, bioquímica, computación, nanotecnología, en campos de actividad humana muy variados para que le hablen de las implicaciones de lo que están haciendo. Imagínate tú ingenieros que trabajen en la tecnología que llegará muy pronto. Yo de la tecnología a duras penas sé que existe una palabra, nanotecnología. Pero ¿qué es eso?, ¿qué consecuencias tiene? No hay que olvidar que nosotros vivimos aquí en medio de montañas. Eso es un hecho geográfico. Somos montañeros y nuestro pequeño mundo es muy reducido, el futuro no es mañana, ni pasado mañana, el futuro ya existe hoy. Lo que pasa es que yo no sé de todo eso que existe ya. Imagínate tú esto: ¿cuántos libros especializados están publicando en este rato mientras conversamos? ¿Es posible leer todos los libros especializados en un tema? Supongamos que cada uno de nosotros sea un especialista en algo y hay especializaciones que son insólitas. El espíritu humano, la curiosidad humana lleva a unas especializaciones que a uno no se le pasan por la imaginación. El mundo está lleno de gente especializada genial, de la que no tenemos la más mínima idea. Ese trabajo de muchos, que ya existe, es lo que va labrando el futuro hoy, de alguna manera ya es, porque es el resultado del trabajo acumulado de muchos años, de mucha gente maravillosa que explica, hace, descubre, divulga, propone, halla. Hay un libro de Michío Kaku, ya no recuerdo el nombre, acaso, *La física del futuro*, y el libro tiene que ver con eso ¿cómo es el mundo del futuro? Pero no todo lo que él piensa que puede ser futuro se va volver realidad. Si nosotros recordásemos el futuro que se imaginaba en los años

sesenta y lo comparamos con lo que hay hoy, muchas de las cosas que se imaginaban, que se querían, no se convirtieron en realidad y otras, que nos parecían imposibles, hoy son moneda corriente desgastada. Voy a ponerte un ejemplo, en los años sesenta, en las series de televisión norteamericana era posible tener una videoconferencia, una teleconferencia. Hoy tienes en tus manos un teléfono celular, pones tu dedo en un ícono y puedes hablar en tiempo real y ver a la persona con la que estás hablando. Ver la persona, eso era futurismo en los años sesenta; hoy es una trivialidad. A nadie desconcierta, a nadie sorprende tener un teléfono, hacer una llamada y ver al mismo tiempo que hablo, la imagen de la persona con la que hablo. Eso era insólito. Bueno, no todo lo que se imagina se vuelve realidad y mucho de lo inimaginable, que, por ejemplo, la llamada literatura de ciencia ficción prefiguró, se ha vuelto realidad y por ende, el futuro es abierto. Digo yo, puedo estar equivocado, mientras haya seres humanos y haya problemas humanos complejos, y los problemas del espíritu humano y del ser humano son complejos, la psicología en todas sus variedades, en toda su diversidad tendrá futuro, como lo tendrá la psiquiatría o el psicoanálisis. Es decir, mientras haya problemas humanos y siga siendo difícil la relación con el otro, eso que llamamos psicología, logos, palabra, discurso sobre la psique, sobre el espíritu, será vigente. Lo que pasa es que yo no puedo intuir qué va a pasar dentro de 300 años, porque a lo mejor, en muy poco tiempo, el sol ya no salga para mí. Pero está bien que el sol ya no salga para mí, que salga para otros.

A.M.G.: Julián, ¿qué recomendaciones haría usted para una apropiada formación de psicólogos?

J.A.: Para mí la recomendación más importante es esta Ana María: la palabra currículo es una palabra que implica al menos dos aspectos, lo que hay que estar revisando y ajustando permanentemente, y lo que permanece. El currículo de un programa de psicología y en general de los programas universitarios, se mueve entre Parménides y Heráclito, es decir, entre lo que no cambia y permanece, y lo que constantemente está fluyendo. ¿Quién dijo que lo contemporáneo es lo mejor?, pues es que también en lo antiguo hay cosas muy importantes. Entonces si la vida del ser humano es en clarooscuro, también la vida de un ser humano se mueve entre Parménides y Heráclito. El ser es inmutable y el río fluye permanentemente y

en medio del cambio permanente hay algo que sí permanece, que está. O sea, no hay que olvidar que la psicología como cualquier disciplina en Colombia tiene una historia. Tratar de conservar lo valioso de la historia y tener la suficiente plasticidad y, otra vez vuelve la palabra plasticidad, maleabilidad, para cambiar, para modificar. El currículo tiene que tener también esa característica: lo que está funciona bien y hace tradición, hay que conservarlo, pero no hay que tener miedo a los cambios. Lo que te digo, es muy difícil pensar el futuro porque es abierto, está lleno de posibilidades y no podemos negarnos a las posibilidades y no hay que aferrarnos dogmáticamente a algo que consideramos que es lo mejor, pero habrá algo valioso que es necesario conservar, podemos llamarlo como una palabra que a mucha gente no le gusta, a mí me gusta, tradición. Hay que mantener una tradición, pero también hay que ser lo suficientemente abiertos y flexibles para ir cambiando, para ir incorporando lo nuevo, para dejarnos sorprender porque la vida y, algo quise decir sobre eso, nos hace propuestas, las más inesperadas, las más sorprendentes. Unas son afortunadas y en otras, la veleidosa fortuna, no nos trae la buena ventura. Debemos pensar en los problemas de los colombianos hoy y ayudar a formar profesionales conscientes y competentes que ayuden a cambiar de a poco la sociedad colombiana. La construcción de paz será un proceso que si hacemos en serio ya dará sus frutos en 80 años. Podemos aprender algo de la historia de otros pueblos de la Tierra.

A.M.G.: Julián la última pregunta que tendría para hacerte es: ¿qué recomendaciones haría para una apropiada formación de los docentes de psicología?

A.M.G.: Ana María, si la formación del estudiante tiene que ser una formación permanente porque el pregrado apenas es un paso inicial, un punto de partida, hay que tener en cuenta que Colombia a pesar de que nos parece que cambia muy lentamente, ha ido cambiando. Cuando yo salí del colegio, hace 50 años, tenía una idea clara, yo iba ir a la universidad y podía estudiar cualquier carrera, y fíjate que por un proceso de ensayo y superación de los errores, finalmente anidé en algo llamado sociología, pero me dediqué a otro asunto muy distinto, la práctica clínica como psicoanalista, ¿de acuerdo? En esa época ya no era suficiente el título de bachiller, y muchos colombianos, de hace 50 años, ni siquiera terminaron la primaria, entonces hacer los estudios secundarios y ser bachiller era algo muy importante, era necesario, pero insuficiente. Hacer un pregrado hoy es necesario, pero no

suficiente. Hay que seguir formándose. Entonces si alguien va a ser profesor en una universidad tiene que ser doblemente competente, por su formación intelectual y por saber acercarse a los estudiantes sin ser ni fastidioso, ni meloso, porque la melosidad es un pegote y el pegote no es bueno. Aprender el oficio y pulirse para transmitir a los estudiantes sin fanatismo el amor por los problemas de la profesión. Ya vimos que el horizonte de las aplicaciones es basto y complejo, y que hay campos de aplicación que van surgiendo.

A.M.G.: Bueno Julián, muchas gracias por aceptar esta entrevista y por este tiempo que hemos podido conversar, el cual ha sido muy grato.

J.A.: Ana María, te doy gracias a ti que me propusiste la entrevista, propusiste al profesor Johnny Orejuela mi candidatura a ser entrevistado y hemos podido conversar. No es la última pregunta. Esa pregunta que dices tu que es la última pregunta, es por este momento, pero puede que mañana podamos volver a conversar y digamos cosas muy distintas de las que hemos dicho hoy. Entonces mis agradecimientos son para ti por la cordialidad, la amabilidad, por esta buena conversación y tu paciencia.

Ana María Gaviria Aguilar es psicóloga de la Universidad EAFIT y estudiante de la maestría en Estudios Humanísticos de la misma Universidad.

Ha sido docente de cátedra de EAFIT y actualmente es asistente de Socrática (Centro de formación, investigación y servicios psicológicos del pregrado en psicología de EAFIT).